

CAPÍTULO II

Paulo II y el Renacimiento. La conjuración de 1468 y la supresión de la Academia de Roma. Platina y Pomponio Leto. El arte de imprimir en Roma. La colección artística del Papa en el palacio de S. Marcos, y su solicitud por los monumentos antiguos.

El gran movimiento intelectual del Renacimiento, seguía creciendo aún continuamente en tiempo de Paulo II; y á pesar de todos los cambios producidos en sus manifestaciones, hacíanse notar todavía claramente las dos tendencias del Renacimiento pagano y el Renacimiento cristiano. Sin embargo, el observador atento encuentra ya una diferencia trascendental entre esta época y la de Nicolao V.

Entonces el legítimo Renacimiento, desarrollado en el terreno cristiano, que abrazaba, es verdad, con entusiasmo los estudios clásicos, pero subordinándolos no obstante á las ideas y finalidades de la vida cristiana, y utilizándolos provechosamente en su servicio; se levantaba, casi con fuerza igual, frente á la dirección contraria. Pero esto no continuó así en el tiempo siguiente; y aquella tendencia del Renacimiento que estaba dispuesta á colocar la belleza de la forma pagana en lugar de la lumbrera central del Cristianismo, iba de día en día alcanzando mayor preponderancia. En toda la segunda generación de los humanistas, fué

tomando una extensión cada vez más peligrosa aquel cultivo parcial del clasicismo antiguo, que conducía á un concepto de la vida más ó menos completamente pagano (1).

No podía la suprema autoridad de la Iglesia, dejar de oponerse á aquella tendencia; y según toda probabilidad, ya antes de Paulo II se hubiera venido á producir un choque entre la Iglesia y el Renacimiento pagano, si no hubiera sido por sí mismo tan extraordinariamente difícil el contrarrestar semejante dirección á fuerza de medidas exteriores. Una doctrina formalmente errónea, puede ser condenada; pero era mucho más arduo designar los innumerables descaminos por donde se perdía aquella nueva tendencia de la cultura, en sus principios justa y saludable; y un procedimiento dirigido contra ella, había casi necesariamente de aniquilar con lo malo muchas otras cosas buenas y aun excelentes. A esto se agregaba también, que los partidarios del Renacimiento pagano evitaban cuidadosamente que su ciencia pareciera oponerse de cualquiera manera que fuese, á la Teología; y entendían prodigiosamente la manera de dar á todos sus manejos la apariencia de una inocente afición, la cual nadie podía perseguir con seriedad sin hacerse por lo mismo ridículo.

Mas si se daba algún caso que no pudiera considerarse ya como de inocente entusiasmo clasicista, afirmaban los humanistas con las más enérgicas expresiones, su incondicional sumisión á las proposiciones dogmáticas de la Iglesia, ora explicando de otra suerte la teoría denunciada, ora renunciando expresamente á ella. Por esta manera, el linaje ingenioso y liviano de los literatos, lograba, con tanta habilidad como falta de carácter, evitar todo grave conflicto (2).

Mas todo lo que, en este respecto, tenían los literatos de descendientes, mostraban de tenacidad cuando se trataba de defender sus intereses materiales; y quien no supiera tratarlos en este punto con los más extremados miramientos y consideraciones, había de prepararse á sufrir sus más rudos ataques, sin que ni la edad ni la dignidad pudieran en tal caso protegerle contra las venenosas lenguas y plumas de aquellos discípulos de Cicerón. Así,

(1) Sobre las dos direcciones del renacimiento literario v. nuestras indicaciones del tomo I, vol. I, p. 120 ss. y las observaciones de Rossi en el *Bullet. di archeol. crist.* 1890, 92 s., que están en consonancia con mis explicaciones.

(2) Cf. nuestro tomo I, vol. I, p. 133, 157 ss. y vol. II, p. 207.

tanto Calixto III como Pío II, fueron perseguidos con mentiras y calumnias hasta más allá del sepulcro, y todavía en mayor grado cupo esta suerte á Paulo II.

En la primera época del reinado de este Papa, se dictó una ordenación que, por sus efectos, dió lugar á las más injustas, y todavía en la actualidad no enteramente apagadas quejas, sobre haber sido este Pontífice un rudo y consciente adversario de los estudios clásicos y de todas las nobles aspiraciones del espíritu, y haber perseguido á las ciencias con aborrecimiento (1).

La aludida ordenación tocaba al Colegio de los Abreviadores de la Cancillería. Según un ordenamiento de Pío II, de Noviembre de 1463, debía aquella corporación constar de 70 miembros, de los cuales no más que 12 serían nombrados por el Vicecanciller. Sólo entre estos 70, y no por directa designación del Vicecanciller, debían repartirse el trabajo y el salario. En Mayo de 1464 emprendió Pío II una nueva organización de aquel Colegio; los que anteriormente poseían sus oficios, fueron despedidos, é introducidos en sus puestos una porción de sieneses, también humanistas, que los obtuvieron parte por favor y parte comprándolos (2). Paulo II, que siempre estuvo en buenas relaciones con el cardenal Vicecanciller, le restituyó la anterior plenitud de su potestad en este punto, y suprimió el referido ordenamiento de su predecesor (3). Con esto perdieron sus empleos y su pan los abreviados

(1) Geiger 149. L'Épinois, Paul II, 278 s., ha reunido los falsos juicios semejantes de otros historiadores modernos.

(2) Ciampini 25 s. Voigt, Enea Silvio III, 553. Vahlen 411. Tangl 179 ss. Cf. en el apéndice n.º 70 el * Despacho de Jacobus de Aretio de 9 de Oct. de 1464 (*Archivo Gonzaga*). Sobre los abreviadores v. Phillips IV, 394 s. Ottenthal, Bullenregister, Innsbruck 1885, 49 ss. Bresslau, Urkundenlehre I (1889), 235 s.

(3) El decreto de Paulo II, fechado el 3 de Dic. de 1464, se halla en Ciampini 31 y Tangl 189 s. Cf. Mancini 449 s. Debemos dudar de la exactitud de la fecha «3 de Dic.», porque las **Cartas de J. P. Arrivabenus y Jacobus de Aretio de 15 y 16 de Oct. de 1464 (*Archivo Gonzaga*), suponen la abolición como ya efectuada. La cronología de Platina (766) (statim ubi magistratum iniit) se acomoda más bien á Octubre que á Diciembre. Añádase á esto todavía el testimonio del * Despacho de Jacobus de Aretio de 9 de Octubre de 1464, copiado en el apéndice n.º 70. *Archivo Gonzaga*. Según Tangl, el 3 de Dic. significa solamente la fecha de la inscripción en el libro de la cancillería. Cf. ahora también Ehses, Concil. Trident. IV, 472. Nota 2. Es muy de sentir que falte la declaración de las * Cartas citradas de Otto de Carretto de 15 y 21 de Oct. de 1464, que se hallan en el *Archivo público de Milán* (Cart. gen.). Sin duda por equivocación, Gregorovius VII³, 210. Reumont III, 1, 155, Zöpffel en

res favorecidos por Pío II, lo cual era indudablemente un duro golpe para aquellos que habían comprado sus oficios, por más que se dió la orden de que les reembolsaran las sumas que por ellos habían pagado (1).

Fué extraordinariamente grande el enojo de los comprendidos en esta reforma. Los secretarios, poetas y humanistas que vivían en la Curia, se tenían á sí mismos por las más importantes personas del mundo; creían seriamente que prestaban á la Corte pontificia tanto esplendor como de ella recibían, y estaban firmemente persuadidos, «que el Papa hubiera debido buscar en todas las partes del mundo hombres de su clase, á causa de su profunda sabiduría, y encadenarlos consigo á fuerza de promesas de espléndido salario» (2).

Las quejas de aquella gente, llena de desmesurada satisfacción de sí misma, fueron, pues, tan grandes como su sorpresa. Resolvieron acudir primero á las pacíficas representaciones, y aun el último de los servidores de la Corte pontificia se vió asaltado con sus ruegos y súplicas para que les ayudara á obtener una audiencia. Veinte noches arreo acamparon en las entradas del palacio pontificio, sin lograr ser admitidos á la presencia de Paulo II.

Entonces uno de ellos, Bartolomé Sacchi da Piadena (pequeña aldea entre Cremona y Mantua), llamado en el mundo literario *Platina*, nombre latino del lugar de su nacimiento, se resolvió á acometer un intento desesperado (3). En forma de carta, escribió un libelo, en el cual, según su propia confesión, se dirigían al

Herzog, Real-Enzykl. XI², 318, Rohrbacher-Knöpfler 234, L'Épinois 435 y otros trasladan este asunto al año 1466. Este error podría provenir de que Raynald narra la materia en este año (n. 21).

(1) Cf. el * Testimonio de uno á quien alcanzó esta disposición, en el apéndice n.º 70.

(2) Platina 766. Cf. Burckhardt I², 252 y Voigt III, 640.

(3) Platina, nacido en 1421, fué primeramente soldado, estudió en Mantua con Ognibene Bonisoli y después fué preceptor de los hijos del marqués Ludovico Gonzaga. En 1457 fué á Florencia para aprender griego con Argypulo. En 1462 vino á Roma, probablemente con la comitiva del cardenal Francisco Gonzaga. V. la noticia bibliográfica sobre él, en Chevalier, donde con todo falta la importante obra de Vairani. Cf. también Schmarsow 25 s., 338 s. Lo que trae Bissolati (15 ss.) es muy insuficiente. Sobre la morada de Platina en Roma, v. Mazio, Studi 280. Nuevos importantes documentos para la biografía de Platina suministraron Luzio y Renier en el Gior. stor. d. lett. ital. XIII, 430 ss., fundándose en documentos del *Archivo Gonzaga de Mantua*. V. también Bollet d. Suizz. ital. VII, 274 s. y Gabotto, Tre lettere di uomini illustri 6, 13-14.

Papa las siguientes frases: «Si te ha sido lícito despojarnos sin oírnos, de lo que habíamos comprado justa y honradamente, también á nosotros se nos ha de permitir quejarnos de una iniquidad tan poco merecida. Rechazados por ti de una manera deshonrosa y afrentosa, recurriremos á los reyes y á los príncipes y los estimularemos á reunir un concilio, en el cual serás obligado á responder por ti por habernos despojado de nuestra legítima posesión.» El escrito terminaba con estas palabras: «Servidor de Vuestra Santidad, en el caso de que se revoque la medida» (1).

Platina entregó esta carta sellada á Teodoro de Lelli, obispo de Treviso y consejero de la mayor confianza del Papa, con la advertencia de que era un escrito del humanista Ognibene da Lonigo (2).

Paulo II había hasta entonces guardado silencio ante la tumultuosa conducta de los destituidos; pero ahora procedió contra ellos. Platina fué llamado al palacio pontificio, donde se presentó con rostro altanero; y cuando el obispo mencionado le pidió cuenta de su delito, contestóle con el mayor atrevimiento. Entonces condujeron al humanista furiosamente irritado al castillo de Sant-Angelo, donde, á pesar de la mediación del cardenal Gonzaga, se le sometió aquella misma noche á un interrogatorio y se le puso en el tormento. «Estoy en mucho cuidado por él, escribía á 15 de Octubre uno de los embajadores que se hallaban en Roma; pues el Papa ha hablado de este asunto á muchas personas con grande irritación, y como el delito es tan grave, nadie se

(1) Platina 767 y ** Despacho de Arrivabenus de 16 de Oct. de 1464. *Archivo Gonzaga*. Según Platina, Paulo II debió de hacer entonces esta declaración: «omnia iura in scrinio pectoris nostri collocata esse». Aunque la autenticidad de esta expresión está sujeta á grandes dudas por causa del informante, no es con todo tan desacostumbrada como á primera vista parece, sólo que se debe entender en el verdadero sentido. Así dice Bonifacio VIII en el caput 1 Licet Romanus Pontifex del Sextus lib. 1 tit. 2: qui omnia iura in scrinio pectoris sui censetur habere. Por lo demás, esta declaración de Bonifacio VIII nada tiene de original. El célebre canonista Godofredo de Trani († 1245, siendo cardenal durante el primer concilio de Lión), en su Summa in titulos decretalium, de la que se aprovecharon innumerables maestros en la Edad Media, dice lo siguiente en el lib. 1, en el título De constitutionibus (f. 2^o de la edición de Venecia de 1586): «Omnia autem iura sunt in pectore papae vel principis, ut C. de testa l. omnium.» Cf. ahora todavía Nilles: Zeitschr. f. kathol. Theol. 1895, 1 ss.

(2) ** Relación de J. P. Arrivabenus de 15 de Oct. de 1464. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

atreve á amparar al delincuente» (1). Otro narrador llega, el siguiente día, hasta anunciar que Paulo II había hablado de mandar cortar la cabeza al culpable. «Como quiera que Platina es un excelente escritor, añade, todos lamentan este acaecimiento, principalmente el cardenal Gonzaga, á cuyo servicio había estado algún tiempo; pero en este asunto no puede prestarle auxilio. Es verdad, no obstante, que hablando el Papa con el mencionado cardenal, éste excusó á Platina como hombre sin juicio; y el exceso de su temeridad muestra realmente que no lo tiene» (2).

Platina había tenido entretanto, en los fríos calabozos del castillo de Sant-Angelo, tiempo suficiente para volver á entrar en sí; y cuando cuatro meses después se le puso en libertad, por efecto de la constante intercesión del cardenal Gonzaga, apenas podía tenerse en pie. Obligósele á prometer que no se marcharía de Roma (3); y con todo eso no se consiguió que se derogara la disposición pontificia, y los literatos perjudicados por ella, en especial su tan duramente castigado caudillo, tuvieron que limitarse á meditar en silencio su venganza.

El punto de reunión de estos descontentos, y en general de los humanistas semipaganos, era la casa de un erudito, bien conocido en toda Roma, tanto por las cualidades de su ingenio como por sus singularidades; es á saber: *Julio Pomponio Leto* (4). Vástago ilegítimo de la familia de príncipes de San Severino, había salido en edad temprana de Calabria, su patria, y venido á Roma, donde

(1) Cf. la ** Relación citada en la pág. 36, n. 2.

(2) ** Carta de Jacobo de Aretio de 16 de Oct. de 1464. *Archivo Gonzaga*.

(3) Platina 768. Gregorovius (VII^o, 211) cree falsamente que las palabras «admonet ne ab urbe etc.» se refieren al card. Gonzaga.

(4) Sobre P. Leto y sus estudios cf. Ap. Zeno, Diss. Voss II, 232 ss.; Tiraboschi VI, 1, 92 s., 185 s.; A. Zavarroni, Bibl. Calabria, Neapoli 1753, 59 s.; Tafuri, Scritt. nap. II, 2, 364 s.; Toppi, Bibl. nap. 213 s.; Naeke, De Iulio Pomponio Sabino Virgilii interprete, Bonnae 1824; Vilari I, 128; Burckhardt I, 370, 382; Nolhac en Mém. d'arch. et d'hist VI (1886), 139 ss.; De Rossi, Inscript. II, 401 s., y en Studi e doc. III, 49 s., VII, 129 s.; Arch. d. Soc. Rom. X, 635 s., 696 s.; Zeitschr. für vergleich. Literaturgesch. N. F. IV, 215-217; Carini, en el escrito abajo citado, p. 39, n. 3. M. Mandalari (Anecdotti di storia, Catania 1895), publicó una carta de P. Leto. Sería de agradecer una biografía crítica de P. Leto, tomada de las fuentes. Las Memorie (Roma sott. I, 7) citadas por de Rossi di P. Leto, que se hallan en el Cod. G. 285 Inf., de la *Biblioteca Ambrosiana* me proporcionaron un desengaño, pues no contenían nada de nuevo. He visto con gozo en el Arch. d. Soc. Rom. XII, 215, que Lumbroso prepara una monografía sobre P. Leto.

fué discípulo de Valla, y luego sucesor suyo como profesor de la Universidad. De todos los amantes de la Antigüedad que no anhelaban por otra cosa sino por los ideales de la antigua Roma y por las más añejas palabras de la lengua latina, era éste el más exagerado (1); y por ventura no hubo jamás un erudito que viviera tan enteramente como él en las ideas del antiguo paganismo; «la realidad de las cosas que le rodeaban, pasaba á sus ojos como una mera apariencia, y sólo consideraba como real el mundo antiguo, al que procuraba trasladarse en toda su manera de ser» (2).

Pomponio Leto vivía enteramente á la manera antigua, en una altanera pobreza, imaginándose un segundo Catón; labraba su viña conforme á los preceptos de Varrón y de Columela, y muchas veces, aun antes de romper el día, se dirigía con sus coturnos á la Universidad, donde Paulo II le había confiado la cátedra de Elocuencia. Era uno de los maestros más queridos de aquella Escuela superior, y muchas veces el aula donde explicaba era apenas suficiente para contener la muchedumbre de los que deseaban aprender de él. En casa, se enfrascaba en las obras de los antiguos escritores, las cuales ilustró con notas marginales y copió con una delicada pero firme caligrafía. Con frecuencia se veía á aquel hombrecillo movedizo andar vagando entre las ruinas de la antigua Roma, deteniéndose como en éxtasis ante algún hacinamiento de piedras, y hasta llegando á prorrumpir en lágrimas. En cambio, este erudito despreciaba la religión cristiana, y se desataba en violentos discursos contra sus ministros. Como deísta, creía todavía Pomponio en un Creador; pero como anticuario, veneraba, según refiere un discípulo que le era muy adicto, «al genio de la ciudad de Roma; al genio de la Antigüedad» como se diría en nuestros tiempos (3).

Su casa del Quirinal estaba llena de fragmentos arquitectónicos, de antiguas esculturas y de viejas inscripciones y mone-

(1) Voigt II³, 237.

(2) Hörschelmann 150-151. Cf. Schmarsow 26.

(3) «Fuit ab initio contemptor religionis, sed ingravescente aetate coepit res ipsa, ut mihi dicitur, curae esse», dice Sabellicus. Cf. P. Cortesius, De cardinalatu LXXXVII. Creighton III, 42. Gregorovius VII³, 566 s. Geiger 158. «Aun en un concepto menos riguroso, apenas puede ya llamarse cristiano P. Leto.» De un modo semejante juzga también Janitscheck 19. Cf. de Rossi en el *Bullett. d. arch. crist.* 1890, 94.

das (1). Allí donde todo traía á la memoria el paganismo romano, se reunían sus discípulos y amigos; se disputaba acerca de autores antiguos y cuestiones filosóficas, se leían oraciones y poemas, y á veces hasta se representaban comedias de Plauto y Terencio, y se entusiasmaban de la manera más exagerada por los tiempos de la antigua República.

De esta manera se formó una suerte de «hermandad literaria», la *Academia romana*, cuyo fin era, en primer lugar, el fomento de la pura latinidad y del antiguo espíritu nacional de los romanos. A todos se adelantaba en tales ensueños el fundador de la Academia, Pomponio; el cual, ni siquiera quiso aprender el griego, únicamente para conservar más entera la pureza de su dicción latina (2).

Como representante de aquel Humanismo que iba á parar á la gentilidad, se congregaron pronto en torno de Pomponio cierto número de jóvenes, espíritus libres, de ideas y costumbres medio paganas, los cuales buscaban en un vacío culto de la Antigüedad una substitución de la fe que habían perdido. Con ardiente entusiasmo se enfrascaban los discípulos y compañeros de Pomponio en el pasado de la antigua Roma, en cuyas grandezas vivían soñando. No fechaban sus escritos conforme al calendario cristiano, sino *ab Urbe condita*—desde la fundación de Roma—; y á 21 de Abril solemnizaban el día del nacimiento de Roma de una manera totalmente gentilica.

Los varios miembros de la Academia se consideraban como una hermandad, y dejando sus nombres comunes, tomaban en su lugar otros antiguos. De Pomponio, á quien todos veneraban como su maestro y guía, ni siquiera se sabe cuál fué su primitivo y verdadero nombre. De los demás, son los más conocidos Bartolomé Platina y Filippo Bonaccorsi, que usaba el nombre de Calímaco. Además se menciona á Emilio Buccabelli, á Marco Romano, que se llamaba Asclepiades; á Marino Veneto, llamado Glauco; á Petreyo, verosíblemente Pedro Clemente da Lucca, Pantágatho (Juan Bautista Capránica), Paulo Marsus (Paolo da Pescina), Agustín Campano y otros (3).

(1) En este impulso del estudio práctico de la Antigüedad, dice Reumont, consiste el mayor mérito de Leto y así habrá de juzgarlo la posteridad. «Villari I, 129 emite una opinión análoga.

(2) Hörschelmann 151. Nohac, *Bibl. de F. Orsini* 198 s.

(3) Papencordt 513. Corsignani II, 494. Nohac en *Mél. d'arch.* VI, 140 s.

Podía admitirse que este uso de nombres paganos no pasara de juego; aunque tuvo un efecto paralelo en la preferencia de los nombres antiguos, no todos de personajes de buena fama, que por entonces se quiso hacer prevalecer hasta en el bautismo; mas otras cosas de las que tramaban los académicos no podían en manera alguna calificarse con tan benigna censura. Los fantásticos «entusiasmos de los partidarios del antiguo pagano de Calabria», llegaron á convertirse en actos religiosos muy semejantes á una parodia del culto cristiano. Los iniciados consideraban su erudita Asociación como si fuera formalmente un «clásico Colegio sacerdotal, á cuyo frente tuviera un Pontifex Maximus, dignidad á que fué elevado Pomponio Leto». Y en efecto, las ideas y el tenor de vida de aquellos discípulos de la Antigüedad, tenían más de pagano que de cristiano (1). Rafael de Volterra manifiesta muchas veces en sus «Comentarios Romanos» dedicados á Julio II, que las reuniones de aquellos hombres y sus gentílicas festividades á honra del día natalicio de la ciudad de Roma y de Rómulo, habían sido «el principio de perderse la fe» (2).

Algunas de las inculpaciones (que los discípulos de la Academia eran menospreciadores del Cristianismo, de sus ministros y mandamientos; que eran adoradores de las divinidades paganas, é imitadores de los más repugnantes vicios de la Antigüedad), no carecían por cierto de fundamento. Pomponio Leto era discípulo de Valla, y sin duda alguna partidario también y divulgador de las disolventes doctrinas de su maestro. De Platina, Calímaco y Juan Bautista Capránica, se sabe fijamente que su vida no era

Lumbroso en el Arch. d. Soc. Rom. XII, 215 ss. De Rossi en el Bullet. d. arch. crist. 1890, 85 s. Patetta en el Bullet. Senese VI (1899) 158 s. Sobre la costumbre establecida en el siglo xv, de que los autores mudasen sus nombres, v. Mazzuchelli I, 2, 800.

(1) Schmarsov 26 y Reumont III, 1, 342; Cantú I, 187; Voigt III, 611. Gregorovius VII², 568 escribe: «Entre los académicos, apenas había huella de cristiandad... Despreciaban los dogmas y la constitución jerárquica de la Iglesia, pues procedían de la escuela de Valla y Poggio.» En otro lugar llama á la Academia «una logia clásica de francmasones». Acerca de la disolución de costumbres de muchos académicos v. abajo. Lumbroso (en el Arch. d. Soc. Rom. XII, 220 s.) ha protestado no sin razón contra las demasiadas consecuencias que se querían sacar del título Pontifex maximus; pero por otra parte se adelanta demasiado, y pasa por alto enteramente la significación de la inscripción Rom. Pup. Delitie, que en aquel lugar sólo puede interpretarse como una frivolidad maliciosa.

(2) Commentarii XXI, f. 246. Cf. Gebhart, Adrian von Corneto 79.

en manera alguna honesta (1). A par de la dirección sensual, epicúrea y materialista de la vida, se hallaba también en este círculo la concepción pagana del Estado, la enemiga contra los eclesiásticos, y la ilusión de substituir, en lugar del actual gobierno de Roma, la República conforme á los antiguos moldes. Mas, que la entusiasta veneración del antiguo Estado romano libre, podía degenerar en una práctica revolución, habíalo ya probado hasta la saciedad la experiencia (2).

La secreta alianza pagano-republicana de los académicos romanos pareció todavía más peligrosa por causa de la fermentación, de día en día creciente, que experimentaba el pueblo romano. Una parte de la juventud andaba tramando planes subversivos, mientras numerosos desterrados espían su conyuntura desde las fronteras de Nápoles. En Junio de 1465, cuando Paulo II comenzó la guerra contra el conde Everso de Anguillara, se manifestó en la Ciudad eterna un peligroso movimiento en favor de aquel tirano (3). Un año más tarde fueron descubiertos numerosos partidarios de los fraticelos, y el proceso contra ellos puso de manifiesto sus dogmas y ritos anticristianos. La inquisición que entonces se hizo, demostró que los partidarios de aquella secta infestaban, no sólo la Marca de Ancona, sino también la Campaña romana, y se ocultaban aun en la misma capital de la Iglesia católica; pero á la verdad, no pudo probarse que aquellos herejes tuvieran conexión alguna con la Academia romana (4). Es cierto, por el contrario, que algunos demagogos entusiastas, y una parte de los abreviadores sedientos de venganza, estaban en íntima alianza con los académicos, y en las reuniones de éstos daban libre curso á sus irritadas invectivas contra el Papa. Así parece que todos los elementos hostiles: el paganismo, la

(1) Sobre Platina v. p. 57. Respecto de Callimachus cf. A. S. Miodonski, Ph. Callimachi et Gregorei Sanocei carminum inedit. corollarium, Cracoviae 1901. Cf. Anz. de Krak. Akad. 1901, 190 s. En el Bullet. Senese VI (1899) 159, hállanse testimonios sobre las malas costumbres de J. B. Capránica elegido para obispo de Ferno en 1479.

(2) Rohrbacher-Knöpfler 321. Voigt II³, 238 halla también bastante creíble, que en las cabezas alucinadas de P. Leto y sus discípulos cruzaban ideas paganas y republicanas. Sobre las doctrinas de Valla v. nuestro tomo I, vol. I, p. 122 ss.

(3) Canensis 56-59 Cf. también Ammanati Epist. 54^b.

(4) Hasta inverosímil, cf. abajo p. 47. Platina sólo reprueba la exagerada pompa de la Iglesia (ecclesiae pompam).